

Palabras al vuelo

Cada historia tiene un vuelo distinto



Palabras al vuelo

Derechos de autor

© 2025, María José Sierra Ramírez, Ana Paula Campos Gutiérrez, Evelyn Noemi López Cerón, Evelyn Sarahí Ornelas Lozano, Estefani Ramírez Tlaxco, Valeria Yazirit Sevilla Huerta, Vanessa Zoé Orozco González, Preciado López Israel Alejandro, Kimberly Janeth Martínez Vaca y Libni Sunem Bautista Vallejo

© **Everlearn Editions**

Calle Bahía de Pelícanos No.885 Int. 15

Colonia Parques de Santa María

San Pedro Tlaquepaque, Jalisco, C.P. 45609

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, de fotocopia, grabación o cualquier otro, sin la autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos.

Esta obra es una recopilación de textos originales escritos por alumnos participantes en el concurso Palabras al vuelo. Las opiniones, ideas y contenidos expresados en cada texto son responsabilidad de sus autores.

Coordinación editorial: Christi Gutiérrez Comparán

Diseño editorial: LAB UX

Imágenes: Creadas con ChatGPT

Prólogo

Palabras al vuelo no es solo una recopilación de historias; es un reflejo de lo que sucede cuando las emociones encuentran voz y el pensamiento se convierte en creación.

Cada texto que habita en estas páginas nace desde un lugar auténtico: la experiencia, la imaginación, la duda, el miedo, el amor y la esperanza. Son historias que no buscan únicamente ser leídas, sino sentidas. En ellas, cada palabra tiene un peso, una intención y, sobre todo, un destino.

Este proyecto surge con el propósito de abrir un espacio donde los jóvenes pudieran expresarse libremente, descubrir su voz y atreverse a compartirla. Porque escribir no es solo juntar palabras; es tomar una parte de uno mismo y dejarla volar.

A lo largo de estas páginas, el lector encontrará distintos mundos, decisiones, emociones y aprendizajes. Cada historia es única, pero todas comparten algo en común: nacieron del valor de escribir.

Palabras al vuelo es, entonces, una invitación.

A sentir.

A reflexionar.

A recordar que, a veces, una sola palabra puede cambiarlo todo.

Y sobre todo, a entender que cada historia, por pequeña que parezca, tiene la capacidad de volar... y de llegar más lejos de lo que imaginamos.

Índice

- 6** **La fuerza de seguir**
Por María José Sierra Ramírez
- 10** **Cuatro llantas, dos vidas**
Por Ana Paula Campos Gutiérrez
- 15** **El camino de un villano**
Por Evelyn Sarahí Ornelas Lozano
- 21** **Entre los tres destinos**
Por Vanessa Zoé Orozco González
- 26** **Un corazón dividido en dos hogares**
Por Libni Sunem Bautista Vallejo
- 31** **La vocación que elegí**
Por Valeria Yazirit Sevilla Huerta

- 37** **Del mar al cielo**
Por Evelyn Noemi López Cerón
- 42** **Un giro inesperado**
Por Estefani Ramírez Tlaxco
- 47** **El secreto detrás de la curiosidad**
Por Israel Alejandro Preciado López
- 53** **La estrella de papel**
Por Kimberly Janeth Martínez Vaca
- 59** **Agradecimientos**



La fuerza de seguir

Por María José Sierra Ramírez

Clara era una niña de once años que vivía rodeada de la calidez de su familia. Su casa estaba hecha de sonidos familiares: la risa profunda de su padre, el andar constante de su madre por la cocina y las conversaciones de Marina, su hermana doce años mayor. En medio de todo ello, Clara encontraba un refugio: su papá, que con su sola presencia convertía lo cotidiano en especial.

Con él, cualquier día era un descubrimiento. Una caminata bajo la lluvia se transformaba en aventura, una receta improvisada en un festín y hasta las horas grises se iluminaban con sus historias inventadas. Para Clara, el futuro estaba lleno de promesas: sus quince años, su boda, momentos que él le había asegurado que compartirían.

Pero en el año 2019, una palabra irrumpió en sus vidas con la fuerza de un trueno: cáncer de páncreas. Al principio fue un misterio doloroso. Clara veía a su madre regresar agotada de los hospitales, a Marina asumir responsabilidades que parecían demasiado grandes para ella y a su padre sonreír con esfuerzo, escondiendo detrás de sus ojos el cansancio. Aunque trataban de protegerla, Clara entendía que algo muy grave estaba ocurriendo.

Su padre seguía prometiendo que estaría con ella en cada momento importante de su vida, pero la niña, curiosa y ansiosa por comprender, investigó por su cuenta. Lo que descubrió le destrozó el corazón: la enfermedad no tenía salvación. En ese instante, la esperanza que había guardado como un tesoro comenzó a desmoronarse.

En el año 2020 llegó lo inevitable: su padre partió. La casa quedó envuelta en un silencio insoportable. Clara se sintió sola, aunque su madre y Marina la rodeaban; ninguna compañía parecía suficiente para llenar

el vacío. El dolor era tan grande que pensó en irse también de este mundo, no por cobardía, sino por cansancio, porque los sueños compartidos ya no podrían cumplirse: sus quince años, su boda, las charlas futuras... todo se había desvanecido.

Los tres años siguientes fueron oscuros. Clara cayó en una depresión que la dejó atrapada en sombras. Iba a la escuela como un fantasma, sin ganas ni fuerzas; se culpaba por no haber dicho más, por no haber abrazado más fuerte, por no haber detenido el tiempo. Mientras tanto, su madre y Marina lidiaban con su propio dolor, sosteniendo la casa como podían. La diferencia de edad hacía que su hermana pareciera fuerte, pero Clara sabía que también sufría en silencio.

Un día, sin planearlo, Clara llegó al parque donde su padre solía leer. Había un árbol enorme que extendía sus ramas hacia el cielo, como si quisiera alcanzar la luz. Se sentó bajo su sombra y allí, entre lágrimas, recordó una de las últimas cosas que él le había dicho:

“Las decisiones son como ramas, hija... Algunas se quiebran y otras crecen hacia la luz... No siempre podemos elegir lo que pasa, pero sí hacia dónde mirar”.

Ese recuerdo fue un punto de quiebre. Clara comprendió que no podía cambiar el destino, pero sí podía decidir qué hacer con lo que quedaba: su amor, sus recuerdos, sus enseñanzas. Podía hundirse para siempre en la tristeza o podía transformar ese dolor en fuerza.

Decidió empezar con pasos pequeños: pintó su cuarto con el color favorito de su padre, reunió fotos y armó un álbum que llamó “Promesas en

memoria”, cocinó con su madre y con Marina las recetas que él solía preparar, aunque nunca salieran iguales, y poco a poco permitió que la risa volviera, entendiendo que reír no era traicionar su recuerdo, sino honrarlo.

Pidió ayuda cuando no pudo más y descubrió que esa también era una decisión valiente. Cada paso fue un hilo que la sacó del pozo en el que había estado. Con el tiempo, sus quince años llegaron y, aunque su padre no estaba físicamente, ella lo sintió presente en cada sonrisa y en cada baile.

Hoy, Clara sigue viviendo con la ausencia de su padre, pero ya no como una herida que sangra, sino como una cicatriz que la acompaña. Cada vez que enfrenta una decisión difícil, se imagina bajo aquel árbol, con él sonriéndole, recordándole mirar hacia la luz.

Así entendió que las decisiones no siempre cambian el pasado, pero sí transforman el futuro. Y que el amor verdadero nunca muere: se convierte en raíces que sostienen, en ramas que buscan el sol y en la fuerza que ayuda a seguir adelante.



Cuatro llantas, dos vidas

Por Ana Paula Campos Gutiérrez

Un día estábamos saliendo del parque junto con mi hermana menor y mi mamá. Mi mamá tenía que ir a sacar dinero a un banco que se encontraba a unas pocas cuadras de donde estacionó el carro, por lo que mi hermanita y yo decidimos esperarla en el auto.

Mientras mi mamá caminaba hacia el banco, yo abrí la puerta de la parte de atrás del carro y ayudé a mi hermana a subir. Me senté junto a ella. Estábamos platicando y empecé a sentir un movimiento algo inusual; sentí como si el carro estuviera avanzando. Miré por la ventana y confirmé que se estaba moviendo. Volteé hacia atrás para ver si mi mamá estaba cerca, pero ya no la podía ver.

El carro avanzaba cada vez más rápido, ya que en la calle donde nos estacionamos había una pendiente demasiado inclinada. Era una calle sola, muy angosta, con el espacio suficiente para un carro pequeño. La calle estaba algo descuidada; casi no había edificios o construcciones. Los pocos que había estaban abandonados o muy deteriorados, y no se veían habitados. Solo estaba el parque al que fuimos esa mañana. Después de unos cuantos metros, había un muro alto, hecho de ladrillos.

El carro iba justo en dirección hacia ese muro. Mi hermana pequeña (en ese momento no tan pequeña como para no percatarse de lo que iba a pasar si el carro no se detenía) empezó a llorar. Su respiración era agitada, y en su llanto se podía escuchar el terror que se reflejaba en sus ojos. La intenté calmar mientras le decía que no tuviera miedo, que todo iba a estar bien. Tomé su mano y le sonreí levemente para hacerla sentir más segura.

Me pasé hacia la parte delantera del carro para pisar el freno, pero este no servía. Seguí intentando, pero el carro no se detenía; al contrario, se-

guía avanzando y cada vez iba aumentando la velocidad. Empecé a sentir cómo mi corazón latía cada vez más rápido; incluso podía escucharlo. Pero tenía que verme tranquila para no asustar a mi hermana, quien seguía llorando con miedo.

Al ver que los frenos del carro no servían, intenté poner el freno de mano, pero estaba trabado. Traté con ambas manos, pero estaba demasiado duro. Vi hacia adelante y cada vez estábamos más cerca de impactar contra el muro.

Mi corazón latía cada vez más rápido, mi respiración era agitada, la adrenalina llenaba mi cuerpo y mi hermana lloraba cada vez con más miedo.

Intenté poner el freno de mano desesperadamente, usando toda la fuerza de mi cuerpo, pero no era suficiente. Lo que sí era suficiente era la velocidad del carro: iba demasiado rápido como para chocar con un muro y matar a dos personas que iban dentro de él.

Me pasé hacia la parte trasera del carro. Sentía cómo mi cuerpo temblaba al ver que cada vez estábamos más cerca de impactar. Abracé a mi hermana con todas mis fuerzas, intentando usar mi cuerpo como un escudo para protegerla.

Cuando la abracé, podía sentir cómo su corazón latía igual o más rápido que el mío, cómo su respiración también estaba agitada. En ese momento, escuché que me preguntó entre llantos:

—¿Nos vamos a morir?

Yo le contesté con miedo, intentando que mi voz no se cortara:

—No sé.

Cerré los ojos y la abracé aún más fuerte. En ese momento, mi mente empezó a mostrarme imágenes y recuerdos que tenía con mi hermana, como si se tratara de una cinta de película. Podía ver cómo esa “cinta” llena de recuerdos avanzaba, y cómo esos momentos, como flashbacks, golpeaban mi mente.

En ese instante no tenía miedo de morir... tenía miedo de que muriera ella. ¿O no?

Lo último que recuerdo es voltear una vez más hacia el frente y ver el muro delante de mí. Luego, todo se hizo negro. No había sonido, no había luz, no había sentimientos... no había nada.

Recuerdo que me levanté y abrí los ojos. Cuando volteé a mi alrededor, todo estaba oscuro. Era de noche, pero podía sentir que estaba sentada en una cama. Con la tenue luz de la luna que entraba por una ventana, pude reconocer que el cuarto en el que estaba era mi cuarto: mi escritorio, mi clóset, mi cama. Pero podía sentir cómo mi corazón seguía latiendo igual de rápido, cómo mi cuerpo temblaba, mi respiración seguía agitada; la adrenalina y el miedo seguían ahí.

Mientras intentaba calmarme, no podía dejar de pensar en cosas como: “Qué bueno que fue solo un sueño”, “Qué bueno que mi hermanita y yo estamos bien”, “Tranquila, nada de eso fue real”. Pero luego pensé: “¿Y qué tal si todo eso hubiera pasado de verdad?”.

Reflexioné y me di cuenta de cómo la vida puede cambiar en cuestión de segundos, de cómo algo tan rutinario como subirte a un carro podía ser algo peligroso, algo que acabara con la vida de mi hermana y la mía. De cómo cuatro llantas pueden acabar con dos vidas.

Me levanté de mi cama y fui a ver a mi hermana, quien dormía plácidamente en su cama. Estaba tapada, descansando sin ningún miedo ni preocupación; simplemente estaba durmiendo. Le di un beso en la frente, aún con ese sentimiento de miedo a perderla.

Volví a mi cama, me acosté y me puse a pensar en el sueño una y otra vez: dos veces, cuatro veces, seis veces... porque algo en ese sueño se sentía extraño, algo no cuadraba, algo me dejó reflexionando.

¿Cuándo pierdes a una persona, en realidad extrañas a esa persona?

¿O solo extrañas todos esos momentos y recuerdos que tienes con ella?

¿Extrañas a la persona en sí... o lo que provocaba en ti?

No podía responder esas preguntas, así que solo cerré los ojos... y me volví a dormir.



El camino de un villano

Por Evelyn Sarahí Ornelas Lozano

Desde siempre, Adrián Voss había tenido un sueño: ser reconocido. Ya que, desde niño, mientras sus compañeros hablaban de deportes o juegos, él imaginaba inventos capaces de cambiar el mundo. No buscaba riquezas ni fama superficial: lo que realmente deseaba era darle sentido a su existencia, pues ser reconocido significaba que su esfuerzo dejaría una huella en el tiempo. Sentía que, si lograba que las generaciones futuras hablaran de él con admiración, entonces todo el esfuerzo habría valido la pena.

Se crió con Ethan Cross, quien había sido su mejor amigo desde que eran niños. Ethan era todo lo opuesto a Adrián: optimista, espontáneo y con los pies en la tierra. Siempre estaba a su lado mientras Adrián se sumergía en cálculos y proyectos imposibles, recordándole que no estaba solo en el camino, a pesar de que el trayecto fuera difícil.

Esa amistad los llevó, años después, a colaborar en un laboratorio secreto, en el que Adrián desarrollaba su proyecto más ambicioso: un reactor de energía limpia. Tenía tanta confianza en su creación que pasó por alto las advertencias de los protocolos de seguridad y las reducciones de presupuesto.

Ethan, a pesar de estar preocupado, permaneció a su lado, seguro de que todo valdría la pena al final. Sin embargo, la noche de la activación fue el comienzo del desastre. El reactor explotó y la onda expansiva destruyó gran parte de la ciudad, dejando a su paso gritos, pérdidas irreparables y cenizas. Irónicamente, lo que había empezado como un esfuerzo por salvar al mundo acabó destruyéndolo.

Ethan logró sobrevivir, pero su vida cambió para siempre: la radiación modificó su cuerpo y le concedió el poder de volar, de sentir el viento

como una parte más de sí mismo. La gente lo vio como un regalo, un héroe que emergió de la tragedia.

Adrián, en cambio, despertó cambiado. Su cuerpo se había vuelto flexible, con la capacidad de doblarse y deformarse de formas inimaginables. Aquello que parecía una maldición se transformó en una oportunidad: quizá podría usar esos poderes para corregir sus errores.

Y lo intentó.

En los días siguientes, salió a las calles para salvar a víctimas de incendios, detener delincuentes y reconstruir lo que se había perdido. Sin embargo, nada ocurrió como esperaba.

Una vez, al intentar impedir un robo, golpeó con demasiada fuerza y el ladrón terminó en coma. En otra ocasión, al tratar de extinguir un incendio con sus brazos extendidos, derribó una pared que aplastó a personas que ya estaban fuera de peligro.

Sus esfuerzos eran como espejos quebrados: por más que intentaba reflejar bondad, siempre proyectaba una imagen distorsionada.

Mientras tanto, Ethan se convirtió en el héroe ideal. Volaba sobre la ciudad y la gente lo aclamaba tanto que los periódicos lo llamaban “el guardián de los cielos”, mientras que a Adrián lo describían como un “monstruo deforme que juega a ser salvador”.

Cada error de Adrián era noticia. Cada fracaso se convertía en prueba de que su ambición no conocía límites. Lo retrataban como el verdadero culpable de todo, como el hombre sin corazón que había arrasado la ciudad solo por ansiar poder.

Adrián intentaba hablar, explicar que su intención nunca fue hacer daño, pero nadie quería escucharlo. Incluso Ethan, que al principio lo defendía, poco a poco fue guardando silencio para no manchar su imagen.

El mundo entero lo había condenado, y él no encontraba la forma de demostrar su inocencia.

Pasaron los meses, y lo que comenzó como un error se convirtió en una condena. Cada intento de cambiar su destino lo hundía más. La fama que tanto había deseado llegó... pero no como imaginaba.

Ahora era temido. Señalado. Odiado.

Adrián empezó a cambiar. La sonrisa desapareció de su rostro y el deseo de ser admirado se transformó en resentimiento. Fue entonces cuando comprendió que, cuanto más intentaba limpiar su nombre, más se perdía en la oscuridad.

Y tomó una decisión final.

Si el mundo ya lo había condenado como villano... entonces sería un villano.

Dejó de buscar redención. Dejó de intentar salvar a nadie.

Se levantó como aquello que todos veían en él: un monstruo. Construyó armas, elaboró planes y, poco a poco, se convirtió en la pesadilla de la ciudad.

Ethan intentó detenerlo, pero cada enfrentamiento era como abrir una herida más profunda: dos amigos convertidos en enemigos por un destino marcado desde aquella explosión.

Adrián nunca lloró. Nunca pidió disculpas. Simplemente aceptó el papel que le habían asignado. Porque comprendió que, sin importar lo que hiciera, nadie lo vería como un héroe.

En su mente se repetía una y otra vez la escena del laboratorio, el instante en que quiso ser como los héroes que admiraba. Sin embargo, la explosión lo cambió todo. Ese error, esa chispa que salió mal, lo marcó para siempre.

Ya no lo veían como un joven con sueños... sino como aquello en lo que nunca quiso convertirse: el destructor de lo que juró proteger.

Las miradas, las acusaciones... poco a poco lo convencieron de que tal vez tenían razón.

Y una noche, mientras la ciudad dormía bajo la sombra protectora de Ethan, Adrián finalmente dejó escapar lo que había guardado en silencio:

—Ahora lo entiendo... yo nunca fui el villano. Fuiste tú quien movió los hilos e hizo que pasara todo esto. Yo solo fui tu títere.

Hizo una pausa.

—Ahora dime... ¿habrías hecho lo mismo? ¿Aceptar y convertirte en aquello que todos dicen que eres, sin detenerte a pensar si ese es realmente quien eres... o solo el eco de lo que otros quieren que seas?



Entre los tres destinos

Por Vanessa Zoé Orozco González

En un reino lejano, atrapado entre bosques y ríos, donde el viento canta melodías antiguas y los árboles parecen hablar entre sí, había tres jóvenes tan inigualables como su propio reino...

Cada uno poseía cualidades, entornos, costumbres, talentos e ideologías distintas. Así se diferenciaban del resto, teniendo una esencia única y llena de posibilidades.

Solo compartían una cosa: la ambición de ser mejores y, si fuese necesario, harían todo por un futuro prometedor.

Apolo: hombre griego, alto, fuerte, engreído, de ojos claros y cabello castaño.

Adonis: mujer griega de estatura media baja, ojos claros, cabello oscuro y de carácter amable.

Chloe: mujer griega de estatura media baja, ojos cafés, cabello castaño claro y egocéntrica.

Durante un día nublado y con una humedad exorbitante, decidieron salir al patio de la academia platonista donde estudiaban para sus próximos exámenes.

—Yo no necesito estudiar ni un poco —dijo Apolo—. Saldré el fin de semana de fiesta con los de la academia de al lado.

—Solo necesito repasar un poco, ya que siempre he sido el mejor promedio —respondió Chloe—. Después te alcanzo en la fiesta, Apolo.

—Lo mejor para mí sería estudiar para estar segura de mis respuestas. No creo llegar a la fiesta —dijo Adonis.

—Siempre es lo mismo contigo, Adonis, pero bueno, es tu decisión; solo se es joven una vez en la vida —contestó Apolo.

Chloe rió burlonamente.

—No sé para qué estudias tanto. Igual jamás podrás tener una inteligencia como la mía, naturalmente.

Llegó la noche y Adonis siguió estudiando hasta no tener ni una duda de sus exámenes. Sin embargo, tenía otra duda mayor: ¿sus amigos estarían ahí mañana?

—Después de lo que me dijo Apolo, en serio dudo mucho que me quieran hablar... y es cierto, nunca puedo salir de fiesta —pensó.

Al día siguiente, el sol se asomó tímidamente entre las nubes. Los alumnos de la academia platonista entraban uno a uno a los salones para presentar los exámenes finales.

Apolo llegó con pasos firmes, aunque bajo sus ojos se notaba el cansancio de una larga noche de fiesta. Chloe caminaba erguida, segura de que con un repaso rápido sería suficiente. Adonis, aunque un poco nerviosa, llevaba en su memoria cada palabra y cada fórmula que había estudiado con dedicación.

Cuando comenzaron el examen, la diferencia se hizo evidente.

Apolo, confiado, empezó a escribir sin pensar demasiado, pero pronto las preguntas lo dejaron en blanco. Su fuerza y su arrogancia no le ayudaban en aquel papel que exigía razonamiento.

Chloe, aunque recordaba algunas respuestas, se confundía entre la prisa y la soberbia. Creía que todo sería sencillo, pero los detalles la traicionaron.

Adonis, paciente, respondió una a una con claridad. Su esfuerzo de la noche anterior se transformaba en certeza.

Pasadas las horas, salieron del aula. Apolo lanzó un suspiro frustrado. Chloe disimuló, aunque sabía que no había dado su mejor resultado. Adonis caminaba tranquila, sabiendo que había hecho lo correcto.

Días después, los resultados fueron entregados en la plaza de la academia. El maestro leyó los nombres en voz alta:

—Primer lugar: Adonis.

—Segundo lugar: Chloe.

—Y en último lugar... Apolo.

El silencio pesó en el ambiente. Apolo, con el orgullo herido, bajó la mirada. Chloe apretó los labios, incapaz de aceptar que alguien la hubiera superado. Adonis, por su parte, no sonrió con soberbia, sino con gratitud hacia sí misma por haber elegido estudiar.

El maestro, observándolos, dijo con voz firme:

—La vida está hecha de decisiones. Cada camino que eligieron los trajo hasta aquí. Apolo, preferiste la diversión; Chloe, confiaste solo en tu talento; Adonis, elegiste la disciplina. Ninguna decisión es completamente buena o mala, pero todas traen consecuencias.

Esa lección quedó grabada en sus corazones. Aprendieron que lo que parece insignificante —como estudiar o salir de fiesta, prepararse o confiarse— puede marcar la diferencia en el futuro.

Adonis entendió que su esfuerzo la había fortalecido. Chloe reconoció que el talento sin constancia se marchita. Y Apolo, aunque dolido, comprendió que la juventud no se trata solo de disfrutar, sino también de construir el mañana.

Desde entonces, cada uno comenzó a valorar más las decisiones que tomaba día con día, sabiendo que cada elección era una semilla para el destino que los esperaba.

Para su mala suerte, no se trataba solo de un examen entre ciclos de estudio: era el examen que decidiría a qué universidad podrían asistir y qué rol tendrían en la vida...

El destino de ellos fue marcado por una decisión momentánea y por dejarse llevar por emociones vacías.

Porque, al final, no somos lo que soñamos ser... sino lo que decidimos hacer.

Un corazón dividido en dos hogares

Por Libni Sunem Bautista Vallejo



Desde que era apenas un cachorro, Coco había conocido solamente el frío y el miedo de las calles.

Sus primeras memorias estaban llenas de la lluvia mojando su pelaje una y otra vez, del pavimento húmedo donde dormía y de la basura que se había convertido en su única fuente de alimento.

Durante mucho tiempo se sintió confundido al ver a otros perros pasear acompañados de sus dueños, sin entender por qué él no tenía nada de eso, por qué nadie lo amaba de la misma forma.

Pasaron días y noches en soledad hasta que, un día, un hombre mayor, cuyo rostro estaba marcado por el paso del tiempo en las calles, se fijó en él.

Aquel indigente no tenía lujos ni un hogar que ofrecerle a Coco, pero había algo que sí podía darle: cariño y cuidado. Cuando revisaba la basura, procuraba dejar la comida en mejor estado para aquel pequeño perrito que lo miraba expectante cada vez que sacaba algo del contenedor. Con sus prendas ya bastante deterioradas, buscaba cobijarlo por las noches para brindarle un poco de calor y le hablaba como si entendiera cada uno de sus pensamientos.

Poco a poco, Coco empezó a confiar en él. Y aunque la calle seguía siendo un lugar duro para vivir, ahora encontraba un sentimiento reconfortante al lado de aquel hombre.

Con el paso del tiempo, ambos fueron construyendo recuerdos jun-

tos, algunos buenos, otros bastante difíciles, pero en todos permanecían el uno junto al otro.

Una tarde, mientras el sol comenzaba a caer sobre la ciudad, una niña caminaba tomada de la mano de su mamá. Aquella pequeña miraba con curiosidad los alrededores hasta que sus ojos se encontraron con los de Coco. Sin pensarlo, comenzó a jalar suavemente la mano de su madre mientras caminaba hacia él. La madre, sonriendo ante la tierna escena, avanzó con cuidado, dejando que la niña se acercara primero.

Coco bajó un poco la cabeza, permitiendo que la pequeña apoyara su mano y lo acariciara. Sintió un calor recorrer su cuerpo.

En los días siguientes, ambas regresaron llevando croquetas y agua para asegurarse de que comiera bien. Hasta que, después de algunas semanas, volvieron con un propósito distinto.

El indigente lo observaba en silencio, sentado en un rincón más alejado. Había notado cómo Coco movía la cola feliz cada vez que las veía llegar, cómo su cuerpo comenzaba a mejorar al recibir comida en buen estado. Sabía que la llegada de esas dos figuras había despertado algo en él: la ilusión de un futuro distinto. Un futuro que, aunque él hubiera querido darle, no podía.

La niña brincaba emocionada mientras su madre sacaba un pequeño collar rojo de su bolsa.

Coco, desconcertado, retrocedió y dirigió su mirada hacia el hombre, que lo observaba con los ojos húmedos a unos metros de distancia, como si buscara una señal para saber cómo actuar.

Por un lado, tenía a quien lo había cuidado en la adversidad; por el otro, la promesa de una vida mejor... pero lejos de él.

Coco bajó la cabeza, indeciso, mientras la pequeña extendía sus brazos hacia él.

El hombre sonrió débilmente y asintió con suavidad. En su mente solo había una idea clara:

“Te mereces algo mejor que estas calles”.

Finalmente, Coco avanzó hacia la niña, quien colocó con cuidado el collar en su cuello. En ese instante comprendió el peso de su elección: estaba dejando atrás a la persona que más lo había amado en la oscuridad.

Cuando la madre y la niña comenzaron a alejarse con Coco, este volteó. Vio al hombre levantar una mano temblorosa en señal de despedida.

Esa fue la última vez que lo vio.

Los días siguientes se convirtieron en semanas, y pronto en meses. La nueva vida de Coco estaba llena de cosas que nunca había tenido: un hogar cálido, una cama suave, juguetes, comida abundante y un jardín donde correr sin miedo.

Aprendió lo que era dormir sin sentir el frío del pavimento, despertar con caricias y sin el ruido constante de los autos.

Pero, aunque su cola se movía feliz en cada momento junto a sus nuevas dueñas, en su corazón existía un vacío.

En las noches tranquilas, cuando se recostaba junto a la ventana, Coco miraba hacia la calle y recordaba al hombre: su voz ronca, sus manos ásperas que, a pesar de todo, le habían dado cariño.

Nunca volvió a verlo. Nadie supo qué fue de él. Sin embargo, Coco lo llevaba consigo: en su memoria y en su corazón.

Y aunque ahora vivía rodeado de amor, comida y comodidades, siempre existía un rincón en su interior que extrañaba aquel calor humano que lo acompañó cuando no tenía nada.

Porque, a veces, aunque la vida mejore, las despedidas dejan cicatrices que ni el tiempo ni todos los lujos pueden borrar por completo.



La vocación que elegí

Valeria Yazirit Sevilla Huerta

Sabina siempre se había imaginado siendo muchas cosas cuando fuera grande, pero ahora que se encontraba a meses de tener que elegir, se dio cuenta de que no le apasionaba nada. Tenía hobbies, pero no era constante en ninguno; ninguno lograba llamar lo suficiente su atención como para mantenerse firme en él. Observaba a su clase: todos parecían tenerlo claro, mientras ella sentía que se quedaba atrás.

Cuando regresó a casa, lo último que imaginaba era encontrarse con una noticia que cambiaría su mundo. Su madre la esperaba en la puerta, pero su rostro estaba marcado por una preocupación que no podía ocultar. Con la voz temblorosa, le dijo que a la persona favorita de Sabina en todo el universo, su abuela, le habían detectado cáncer de pulmón.

En ese instante, todo a su alrededor desapareció. Sabina sintió un sudor frío recorrer su cuerpo mientras las lágrimas caían. ¿Cómo podía ser? Solo era una tos; su abuela había dicho que estaba bien. Su padre intentó darle esperanza: los doctores harían todo lo posible. Ella respiró profundo y, tratando de convencerse a sí misma, susurró:

—Tienen razón... hay que ser positivos por mi abuelita.

Habían pasado unos días, y esa sería la primera vez que Sabina visitaba a su abuela desde que ingresó al hospital. Al entrar, vio a muchas enfermeras de un lado a otro y percibió el olor a químicos de limpieza. Frente a la habitación 553, respiró hondo y entró. Lo primero que vio fue a su abuela sentada en la camilla. Corrió a abrazarla con emoción. Pasaron la tarde platicando y riendo, prometiendo cocinar juntas un pastel de higo cuando saliera del hospital.

A partir de ese día, Sabina comenzó a visitarla tres veces por semana. Su abuela amaba tejer, y Sabina le llevó estambre para pedirle un suéter especial para el invierno. Así, entre charlas, abrazos y promesas, el tiempo pasó.

Dos meses después, la abuela estaba más débil. Aun así, siempre recibía a Sabina con una sonrisa. Una tarde, mientras platicaban, Sabina confesó su temor de no saber qué estudiar.

—Abuela... ¿hoy estás más cansada? —preguntó, dejando ver su preocupación.

—Solo un poco, mi niña. Últimamente es más difícil respirar —respondió su abuela con serenidad.

—Eso me preocupa...

—Es normal, mi amor. Es parte de todo esto. No estés triste. Cuéntame, ¿cómo te fue en la escuela?

—Ah... claro. Fue divertido, reí mucho con mis amigas y estudié bastante. Solo que hay algo que me ronda la cabeza desde hace meses.

—¿Y qué es eso que te tiene tan distraída?

—Tengo que llenar una hoja sobre lo que quiero estudiar... pero ni yo misma sé qué quiero.

—Así que es eso...

—Mhm... —Sabina jugueteó con sus dedos—. Me asusta. ¿Y si no soy lo suficientemente buena o no es para mí? A veces pienso: “¿Realmente tengo que ser alguien importante para haber vivido bien?”. Me pregunto mucho eso. No sé a quién quiero demostrarle algo; quizá solo a mí misma... quiero cumplir mis propias expectativas.

La abuela la miró con ternura.

—Sabina, mi nieta amada... sabes que una posición no va a definir la maravillosa persona que eres, ni lo que estudies. Todos queremos dar lo mejor de nosotros para sentirnos satisfechos. Queremos demostrarnos que somos capaces, y está bien. Pero no te valores solo por tus logros, sino también por los obstáculos que has superado y el esfuerzo que has puesto para llegar hasta aquí. No tienes que elegir ahora mismo; puedes tomarte unos meses, probar cosas nuevas y encontrarás algo que te guste —sonrió dulcemente.

—Abuela, eres la persona en la que más confío; quien me anima cuando lo necesito, quien alegra mis días, la persona que da los mejores consejos, la que sabe escuchar... la mejor cocinera. Tú has vivido días sin mí en tu vida, pero yo nunca he vivido un día sin ti —dijo Sabina mientras sus ojos se humedecían.

En los ojos de su abuela también brillaron lágrimas contenidas. Sabina la abrazó con fuerza, deseando quedarse así para siempre.

—Se ha hecho tarde. Deberías ir a descansar —susurró la abuela.

—Sí, tú también. Nos vemos la próxima semana, abuela. Te amo.

—Yo también, mi niña.

Pero una madrugada llegó la llamada del hospital. La abuela estaba muy delicada. La familia salió apresurada bajo el frío viento y las calles vacías. En cuidados intensivos, Sabina la vio rodeada de aparatos. Apenas podía reconocerla entre tantos tubos. ¿Cómo había sucedido todo tan rápido? Apenas un día antes habían reído juntas.

Sabina deseaba con todas sus fuerzas que se quedara un poco más, pero esa noche el cuerpo de su abuela ya no resistió. Fue la noche más triste de sus vidas.

Una enfermera entregó a la familia una bolsa con algunas pertenencias: entre ellas, el suéter que había tejido para Sabina y una hoja doblada con la receta del pastel de higo que habían prometido preparar juntas. Sabina abrazó el suéter con lágrimas, sintiendo que algo dentro de ella también se había ido.

Pasaron las semanas. Aunque había días muy difíciles, Sabina se esforzaba recordando las palabras de su abuela. Poco a poco descubrió algo: cuidarla, acompañarla y darle fuerza en los momentos más duros la hacía sentir plena y conectada con lo que realmente le importaba.

Fue esa experiencia la que le enseñó algo fundamental sobre sí misma: quería dedicarse a ayudar a las personas, a estar presente cuando más lo necesitaran.

Frente a la hoja que tanto la había asustado antes, ya no tembló. Esta vez sabía qué escribir.

—¿Ahora sí tienes tu respuesta? —preguntó Zoey.

—Sí —respondió Sabina, con una paz nueva en el rostro—. Quiero estudiar medicina. Cuidar de mi abuela me enseñó que eso es lo que quiero hacer con mi vida: acompañar y apoyar a quienes más lo necesitan.

Y mientras escribía esas palabras, sintió que su abuela la acompañaba desde algún lugar, como si una sonrisa cálida la llenara de orgullo.

A surreal landscape where a starfish with a single eye sits on a rock at sunset, with the Milky Way in the sky.

Del mar al cielo

Evelyn Noemi López Cerón

Había una vez una pequeña estrella de mar llamada Alfonso, la cual era realmente alegre y soñadora. Desde muy joven, a Alfonso le gustaba contemplar el cielo por las noches, pues veía en él una belleza inmensa. Le preguntaba con frecuencia a su familia sobre los “brillos” del cielo. Ellos le explicaron que eran “estrellas del cielo”.

Alfonso se maravilló al saber que también eran estrellas como él. Conforme creció, su amor por el cielo aumentaba cada día, hasta que nació en un sueño: llegar al cielo y ser una estrella brillante como las que veía en la noche.

Muchas veces sus amigos y familiares le decían que era imposible llegar tan alto y brillar de esa manera. Le repetían constantemente que mantuviera sus pies tubulares en el mar, que fuera una estrella realista, que mejor se dedicara a formar una familia de estrellas de mar.

Alfonso nunca los escuchó. Era algo terco. Aunque sabía que sería difícil llegar al cielo, no creía que fuera imposible si se lo proponía. Confiaba mucho en sí mismo.

Mientras admiraba el cielo, descubrió algo. Una noche vio a una estrella moverse rápidamente, brillando más fuerte que las demás, que permanecían quietas. Ahí comprendió algo importante: si quería brillar, no podía quedarse inmóvil observando su sueño sin hacer nada.

La estrella, más decidida que nunca, supo inmediatamente qué hacer. Fue directamente con su familia a platicarles sobre la decisión que había tomado: emprender un viaje para cumplir su sueño.

Su familia no estaba feliz con la noticia. Solo veían a una estrella inmadura, poco realista e ingenua. Intentaron convencerlo de quedarse en el mar, en ese lugar al que ya estaba acostumbrado.

Pero Alfonso respondió con un contundente “no”. Explicó que no quería conformarse, que aunque amaba su hogar, no era el lugar donde quería estar. Le dolía dejar a su familia y amigos, pero su objetivo era claro: llegar al cielo.

Así, Alfonso emprendió su camino con sentimientos encontrados. Le dolía dejar su hogar, pero su deseo de alcanzar su sueño era más fuerte. No sabía cómo llegar al cielo, pero entendía que primero debía salir del fondo del mar.

Comenzó a trepar por las rocas. El camino no fue fácil. Al inicio, la prisa hizo que cayera repetidamente, lastimándose y teniendo que empezar de nuevo. Pero eso no lo detuvo; al contrario, lo motivó más. Poco a poco fue avanzando con mayor seguridad, aprendiendo a tener paciencia. Sabía que no debía apresurarse, pues eso solo lo haría retroceder.

En su camino encontró a muchos seres que lo ayudaron. Un tiburón, intrigado por ver a una estrella de mar escalando, decidió acercarse y preguntarle el motivo. Al escuchar su sueño, decidió impulsarlo, llevándolo un tramo más arriba, lo que ayudó mucho en su avance.

También los corales lo ayudaron a esconderse cuando veía peligro. En una ocasión, unos cangrejos hambrientos estuvieron a punto de atacarlo, pero los corales le ofrecieron refugio, salvándole la vida.

Alfonso aprendió mucho de sus nuevos amigos.

Cuando estaba cerca de la superficie, a punto de lograrlo, fue herido por unos humanos que arrojaban basura al mar. Logró refugiarse en una pequeña cueva, pero se sentía impotente: estaba tan cerca de alcanzar su sueño.

Aun así, decidió no apresurarse. Sabía que, en ese estado, sería más fácil caer y perder todo el avance. Así que permaneció en la cueva durante semanas, recuperándose.

Hasta que, finalmente, sanó.

Con más determinación que nunca, continuó su camino. Y un día, por fin, salió del agua.

En ese momento lo comprendió todo.

Las estrellas del cielo no eran como él. Eran luces inalcanzables. No podía vivir ahí, ni convertirse en una de ellas.

Su sueño, tal como lo imaginaba, era imposible.

Pero eso no lo desanimó.

Al contrario.

Había recorrido un largo camino, había conocido amigos, aprendido lecciones y superado obstáculos. Sonrió mientras contemplaba el cielo.

Entonces entendió algo más importante:

No necesitaba estar en el cielo para brillar.

Su lugar no era el fondo del mar... pero tampoco el cielo.

Su lugar era el camino que había recorrido, los lugares donde había aprendido, donde había crecido, donde había encontrado su propia luz.

La luz que descubrió no venía del cielo...

Venía de él mismo.

Un giro inesperado

Por Estefani Ramírez Tlaxco



Era una pareja de jovencitos de 17 años que vivían una vida normal, como cualquier adolescente de preparatoria. Su rutina era ir a la escuela, divertirse con sus amigos, salir a fiestas, enfocarse en sus estudios y dormir tranquilamente. Podían decidir qué hacer o no hacer, qué decisiones tomar, sin pensar en alguien más. Así fue por mucho tiempo.

Pero un día todo fue diferente. No lo pensaban, no lo esperaban. Creían que la vida era muy fácil. Jamás se imaginaron que, por no pensar en las consecuencias, la vida de ambos daría un giro inesperado.

Él siempre vivió despreocupado, tranquilo, sin presionarse, cómodo de alguna forma. Tenía problemas, situaciones como todos, pero su vida era estable.

Ella, de igual manera, vivía tranquila, sin problemas mayores a sus calificaciones, amistades o familia. Podía decidir sobre sí misma, poniéndose siempre como prioridad, haciendo lo que creía mejor sin afectar a terceros.

Ninguno valoró esa facilidad que les daba la vida: esa paz, esa libertad de decidir sobre sus propias vidas. Tenían la oportunidad de equivocarse y aprender sin consecuencias mayores... y no la supieron apreciar.

El día que todo cambió era un día tranquilo, normal como cualquier otro. Estaban juntos, como siempre, cuando comenzaron a notar ciertos síntomas en ella que no eran normales. La verdad, no lo habían considerado. Platicaron y decidieron salir de dudas.

Al día siguiente, muy temprano, ella, en cuanto se levantó, descubrió lo que tanto sospechaban: estaba embarazada.

Quedó en shock. No lo podía entender, no lo podía procesar. Su mente no lograba asimilarlo, y en ese momento no dimensionó lo que significaba. Le contó a él... y volvió a dormirse.

Al despertar, vio los mensajes de él. De la misma forma, ninguno de los dos entendía la magnitud de la situación. Ambos siguieron como si nada, tratando de pensar qué harían.

El tiempo siguió pasando y no le daban la importancia necesaria, hasta que comenzaron a preguntarse cómo decirles a sus papás. Ella insistía en contarles, pero él, con miedo, decía que no.

Un día, estando sola con su madre, sin consultarlo con él, creyó encontrar el momento y lo hizo.

Como era de esperarse, la reacción no fue buena. Hubo gritos, llanto, incomodidad y enojo por parte de su madre. Ese mismo día tuvieron que hablar con toda la familia. Aun con miedo, no tuvieron otra opción.

Al día siguiente hablaron con la madre de él. No reaccionó mal, pero hubo un regaño.

Durante ese día, ella comenzó a sentirse mal, con dolores sin motivo. Poco a poco fueron empeorando, así que, de urgencia, le contaron al padre de ella. El miedo era aún mayor: no sabían qué pasaría después, si los apoyarían, si podrían seguir juntos, si tendrían un hogar, si tendrían que enfrentar todo solos.

Cuando por fin hablaron con él, en medio de la incertidumbre, la reacción fue mucho mejor de lo que esperaban. Hubo regaños, pero también una conversación seria y profunda. Les hizo ver que la situación no era el fin del mundo, que la vida no sería la misma, pero tampoco tenía que ser terrible.

Sin embargo, durante esa misma plática, ella comenzó a sentirse peor. Tuvieron que llevarla al hospital.

En ese momento, ella se dio cuenta de algo: su mayor miedo ya no era ella misma... era que algo le pasara a su bebé.

Esa noche todo salió bien. No hubo complicaciones graves. Pero ambos entendieron algo importante: no sabían qué hacer. No tenían la madurez necesaria. Y aquello apenas era el comienzo.

A partir de ahí llegaron los gastos, medicamentos, vitaminas y responsabilidades. Ambos comenzaron a trabajar. Ella se sentía motivada, feliz de hacerlo, pero pronto llegaron las complicaciones.

Los dolores regresaron, y nuevamente tuvo que ir al hospital. Estuvo internada un día sin saber qué lo causaba. El miedo y la incertidumbre volvieron.

Todo evolucionó bien, pero los médicos le recomendaron no hacer esfuerzos, no sobrecargarse y no estresarse. Así, tuvo que dejar de trabajar. Eso la hizo sentir mal: su motivación ya no era suficiente.

Las consultas continuaron. El bebé evolucionaba bien, pero ella no estaba bien, ni física ni emocionalmente. Tenía un problema de salud que no se resolvía y la llevaba constantemente al hospital.

Se sentía sola, aislada. Nadie entendía lo que pasaba... ni siquiera ella misma.

Todo eso en tan solo unos meses.

Meses atrás, su vida era completamente distinta: sin preocupaciones, con libertad total. Ahora nada era igual... y jamás lo volvería a ser.

La vida les había cambiado por completo, sin retorno.

Aun así, ambos eran felices. Amaban a su bebé incluso sin conocerlo. Con todo el miedo, el estrés, el dolor y las preocupaciones... no se arrepentían.

No lo veían como un problema.

Difícil, sí.

Pero nunca algo negativo.

Esta historia está inspirada en mi vida, en mi propia experiencia. Creo que el tema encaja perfectamente con la situación y puede servir para reflexionar cómo una pequeña decisión puede provocar un cambio radical... un giro inesperado.

El secreto detrás de la curiosidad

Por Israel Alejandro Preciado López



Para mí, antes los trabajos eran una pesadilla; un sinónimo de estrés, injusticia y aburrimiento, a causa de las quejas que escuchaba de los adultos:

—No me gusta mi trabajo —decían unos.

—Pierdo mi tiempo y solo gano poco.

Solo que yo, con mis 10 años, tenía la gran curiosidad de saber qué era el trabajo en realidad. Así que decidí explorar ese nuevo mundo.

Un día fui a la casa de mis abuelos para convivir con mi familia. Me acerqué a mi abuelo y le comenté mi idea:

—Abuelo, me gustaría trabajar. Quiero saber qué es eso. No sé si pueda ayudarte.

—Muy buena idea, mi hijo —contestó—. Solo que mi trabajo es muy agotador al principio. ¿No importa?

—No.

Así fue como, convencido de mi decisión, me dirigí a la papelería, compré una solicitud de trabajo, la llené con mis datos y se la entregué a mi futuro jefe.

Él vio la hoja, la analizó de arriba abajo y me dijo:

—¡Claro que sí, mijo! —rió—. Cuando salgas de vacaciones de la primaria, te voy a llevar.

—Gracias, abuelito.

Eso me emocionó. Fue como un sueño hecho realidad.

Así que, al llegar las vacaciones de junio, mi nuevo patrón organizó sus días, revisó sus calendarios y me explicó en qué consistía el trabajo y cómo realizarlo. Al escuchar todo eso, me pareció pesado, pero decidí intentarlo; no iba a rendirme.

Llegó el domingo. Mis padres y yo decidimos que me quedaría a dormir en casa de mis abuelos para facilitar mi asistencia al trabajo.

Al día siguiente, tuve que levantarme a las 5:40 de la mañana. Una pesadilla. Pensaba que era innecesario.

Me levanté de la cama, tomé mis cosas, bebí agua y me dirigí a la camioneta de mi jefe. Me subí y partimos al trabajo.

—¿Cómo te sientes, mijo? —me preguntó.

—Me siento cansado y dormido.

—Es normal, los primeros días son pesados. Duérmete un poco; yo te despierto cuando lleguemos.

—Sí —le contesté.

Me acomodé en el asiento, me tapé con mi cobija, cerré los ojos... y me dormí.

—Hijo, hijo, ya llegamos —escuché que mi abuelo me decía.

—¿Ya llegamos? —pregunté, aún adormilado.

—Sí. ¿Quieres desayunar?

—Me parece bien.

Fuimos a un puesto donde vendían tamales. Pedí uno de pollo con salsa verde; se veía muy apetitoso. Después fuimos a una tienda y compramos bebidas: él pidió café y yo un chocolate. Nos sentamos en unas bancas y comenzamos a comer. Me gustó mucho. Me sentí con más energía.

A las seis de la mañana ya estábamos estacionados cerca de la primera casa donde trabajaríamos. El lugar estaba cerca de la Minerva. Las casas eran muy grandes, parecían mansiones; los jardines estaban bien cuidados y la colonia se veía muy costosa.

Desde las 7 de la mañana hasta las 3 de la tarde trabajamos. Realizamos varias actividades y aprendí muchas cosas sobre jardinería. En la primera casa, mi compañero me enseñó a barrer el pasto, cortar plantas con tijeras y recoger basura con mayor rapidez.

—¿Qué te parece, mijo? —me preguntó.

—Es entretenido, hay muchas cosas que hacer y no me aburro.

—Eso es lo bonito del trabajo: puedes aprender cosas nuevas. Claro que puede ser pesado, pero también puedes disfrutarlo.

A las nueve de la mañana fuimos al segundo jardín. Era muy grande, pero no fue problema terminarlo rápido. Ahí aprendí a mover la tierra, o como dicen: “dar tierra”.

A las 10:30 de la mañana comimos tacos en un puesto que él conocía. Él pidió tres de adobada y yo cuatro de papa. Algo que me llamó la atención fue que conocía a muchas personas; hablaban como si fueran amigos de toda la vida, compartían experiencias, hacían chistes y reían.

—Abuelo, veo que conoces a muchas personas —le dije.

—Sí, han sido mis amigos desde hace muchos años —respondió.

Así continuó el día: trabajando, aprendiendo y practicando. Me di cuenta de que sí me cansé mucho, pero aun así pude ayudar.

Al final del día, de regreso a casa, sacó su cartera, contó el dinero y me dio un billete de 500 pesos.

—Aquí está, mi hijo —me dijo—. Te lo mereces. Hiciste un gran trabajo.

Me sentí muy feliz. Había logrado mi objetivo y aprendido una gran lección.

Decidí no rendirme y seguir ayudándole en cada periodo de vacaciones.

Con el tiempo entendí algo importante: no todos los trabajos son como los pintan. No todo es estrés, aburrimiento o injusticia. Al menos para mí, fue una experiencia maravillosa.

Sí, fue pesado... pero también fue una oportunidad para aprender, disfrutar y crecer.

Gracias a eso, descubrí mis fortalezas, desarrollé responsabilidad, puntualidad, respeto, compañerismo y confianza.

Y entendí que el trabajo no solo sirve para ganar dinero... también sirve para descubrir quién eres.

La estrella de papel

Por Kimberly Janeth Martinez Vaca



Esta es una historia que habla sobre Ana. Ana es una adolescente de 17 años y, a lo largo de su vida, ha enfrentado muchísimos obstáculos. Te contaré un poco sobre cómo los ha sobrellevado.

Todo comenzó un 18 de marzo, el día en que Ana nació. Ella fue la primera niña en su familia, así que fue muy consentida, pero solo durante unos meses, porque poco después tuvo una hermanita. Ana fue muy feliz, y siempre estaban juntas.

Sus padres eran muy jóvenes, pues apenas tenían 18 años. Debido a sus nuevas responsabilidades, ni siquiera pudieron terminar la preparatoria. Aunque se querían mucho, tenían una relación muy tóxica, lo que provocaba constantes problemas y discusiones.

Las niñas estaban presentes durante esas peleas. Ana, con tan solo tres años, se sentía responsable de su hermana menor y creía que debía protegerla de todo lo que sucedía.

Con el tiempo, sus padres decidieron separarse. Las niñas vivían principalmente con su abuela paterna, aunque también pasaban tiempo con su abuela materna. Sus padres terminaban y regresaban constantemente.

Cuando Ana tenía cuatro años, sus padres tuvieron otro bebé: un hermanito. Sin embargo, poco tiempo después volvieron a separarse.

Su mamá se fue a otro país con su nueva pareja y con el bebé. Ana y su hermana sufrieron mucho esa separación. Extrañaban profundamente a su mamá y a su hermanito, con quien apenas habían convivido unos meses.

Su papá intentaba que olvidaran a su madre, pero eso era imposible.

Ana aprendió a no mostrar sus sentimientos. Cuando su hermana lloraba, ella la abrazaba, pero se contenía para no llorar también. No quería preocuparla.

Con el tiempo, su hermana se volvió una persona rebelde y a la defensiva. Ana, en cambio, se refugió en sus estudios. Sentía que era lo único que podía hacer bien.

También creía que su mamá se había ido por su culpa, o que los problemas de sus padres tenían que ver con ella.

Un día, en la escuela, le contó lo que sentía a la maestra en quien más confiaba. Ella la escuchó y le dio un consejo:

Cada vez que se sintiera triste, escribiera lo que sentía y formara una estrellita de papel.

Ana comenzó a hacerlo. Al principio no sabía cómo expresar sus emociones, pero poco a poco se volvió un hábito. Con el tiempo, no solo escribía tristezas, sino también sueños, metas y pensamientos.

Pasaron los años.

Su mamá regresó con su hermanito. Para entonces, su papá ya tenía otra pareja y su hermana aún guardaba mucho resentimiento.

El hermanito de Ana había crecido; para ella, era casi un desconocido. No sabía exactamente qué sentía. Lo había extrañado, pero también se había acostumbrado a su ausencia.

Un día, tras un conflicto, su papá decidió enviar a Ana y a su hermana con su mamá sin consultarles. Ellas no querían irse, y eso les dolió profundamente.

Su mamá intentó recuperar el cariño de sus hijas, pero ellas no se lo permitían.

Ana ya no sabía dónde guardar sus estrellas de papel, así que pensó en tirarlas... pero lo olvidó.

Ese mismo día, en la escuela, recibió una noticia importante: había sido seleccionada para la escolta. Era una de sus metas.

Emocionada, llegó a casa para contárselo a su mamá y escribirlo en una nueva estrella.

Su mamá, al verla hacer eso, le preguntó qué significaban. Ana le explicó todo, pero también le dijo que pensaba tirarlas porque no tenía dónde guardarlas.

Entonces, su mamá le dio una idea:

—¿Por qué no las pegas en la pared formando una estrella grande? Cada una representa algo importante de tu vida. No deberías tirarlas.

Ana dudó... pero decidió hacerle caso.

Cuando terminó, observó la gran estrella formada por todas sus pequeñas estrellas de papel.

Y entonces lo entendió.

Cada una representaba un momento: triste, feliz, difícil o importante. Todas juntas contaban su historia.

Comprendió que cada obstáculo, cada logro, cada emoción formaba parte de quien era.

A partir de ese momento, comenzó a abrirse más con su mamá. Poco a poco, también ayudó a su hermana a sanar. Juntas aprendieron a perdonar, a dejar atrás el rencor y a reconstruir su relación familiar.

Ana siguió enfrentando dificultades, pero ahora tenía herramientas para superarlas. Aprendió a expresar lo que sentía, a valorar su historia y a aceptar su pasado.

También lograron acercarse nuevamente a su papá, perdonándolo poco a poco.

Con el tiempo, los tres hermanos decidieron hablar con sus padres sobre todo lo que había pasado. Cada uno dio su versión, pero comprendieron que el pasado ya no podía cambiarse.

Entendieron que aferrarse al dolor no ayudaba.

Decidieron perdonar.

Decidieron avanzar.

Y así, poco a poco, comenzaron a construir una familia más sana, más fuerte y más unida.

Ana entendió que no era perfecta... pero estaba completa.

Y que cada estrella, por pequeña que fuera, tenía un lugar en su historia.

Agradecimientos

Este proyecto no habría sido posible sin el entusiasmo, la dedicación y el compromiso de muchas personas que creyeron en el poder de la escritura como herramienta de expresión y transformación.

Agradecemos profundamente a todos los alumnos que participaron en el concurso Palabras al vuelo. Cada uno de ustedes aportó no solo una historia, sino una parte de sí mismos. Su valentía para escribir, sentir y compartir es el alma de este libro.

A la Universidad de Especialidades, por abrir sus puertas y brindarnos la oportunidad de invitar a sus alumnos y maestros a formar parte de este proyecto. Su apoyo fue fundamental para hacerlo realidad.

A los jueces, quienes dedicaron su tiempo, atención y sensibilidad para leer cada uno de los textos. Su labor fue esencial para reconocer el valor y el esfuerzo detrás de cada historia.

Un reconocimiento muy especial a los profesores Jorge González, Susana Vázquez, Naomi Díaz, Octavio Campos y Jessica Razo, quienes, a través de su vocación, compromiso y acompañamiento, guiaron a sus alumnos en este proceso. Gracias a ustedes, muchos jóvenes encontraron su voz y se atrevieron a compartirla.

Asimismo, agradecemos a los directores David Guzmán y Viridiana Lara, por confiar en este proyecto y apoyar a sus profesores en cada etapa. Su respaldo fue clave para que esta iniciativa creciera y se consolidara.

Finalmente, gracias a todos los que creen que las palabras tienen poder, que las historias importan y que dar voz a los jóvenes es una forma de construir un mejor futuro.

Porque cuando se escribe desde el corazón...las palabras siempre encuentran la manera de volar.

Palabras al vuelo

Primera edición, 2025

Everlearn Editions

Calle Bahía de Pelícanos No.885 Int. 15

Colonia Parques de Santa María

San Pedro Tlaquepaque, Jalisco, C.P. 45609

www.everlearneditions.com